

¿Cuál será tu legado?



Beverly J.
Robinson-Rumble

¿Cómo te recordarán tus alumnos el próximo semestre, o en diez años? ¿Qué dirán de la manera en que influiste en su desarrollo espiritual?

Poco tiempo atrás el capellán de una universidad adventista preparaba un sermón y se le ocurrió preguntar a sus contactos de Facebook: “¿Qué hicieron sus profesores para ayudarlos a desarrollar su fe?”

En dos días recibí más de ochenta respuestas que describieron una amplia gama de acciones de los docentes de diversas disciplinas (no solo de los profesores de religión). He aquí algunos de los comentarios acerca de los profesores de ciencia: “vinculó cada lección de física con las Escrituras”; “inculó la espiritualidad en todas sus lecciones”; “dejó muy claro que uno no tiene que sacrificar su fe para creer en la ciencia, ni viceversa”. Alguien contó que su profesor de finanzas “comienza su clase con palabras inspiradoras, un versículo de la Biblia y una oración”. Varios dijeron que los entrenadores de deporte “se aseguraron de que tuviéramos momentos devocionales antes de las prácticas, lo que definitivamente produjo un impacto en establecer prioridades”.

Otros educadores, incluyendo profesores de religión, fueron recordados por acciones específicas relacionadas con fe y doctrina: “me presentó diversos desafíos que impulsaron el desarrollo mi fe”; “me ayudó a ver que una fe sin estudio es una fe vulnerable”; “dio gran credibilidad a la idea de que la fe práctica era compatible con otras disciplinas”; “me inspiró, porque aceptó preguntas difíciles en las clases de religión y filosofía”; “me dio una visión de la generosidad constante de Dios que ha modelado mi trabajo”; y “me explicó la gracia”.

No obstante quedó en evidencia que los testimonios más convincentes y sinceros describieron rasgos personales de carácter y el solícito interés que mostraron los profesores en el bienestar de sus estudiantes. A esa misma conclusión llegó Carole Kilcher en un artículo que escribí hace algunos años para la REVISTA.¹ Alguien comentó: “mostró humildad y pidió disculpas a un estudiante” y como resultado, “me mostró el carácter de Dios”. Otro comentó: “respondió mis preguntas y se interesó en el

desarrollo de mi fe aun después de que me gradué”.

Un número de alumnos y exalumnos recordaron a los profesores que dedicaron tiempo a “escuchar mi corazón y mis dudas espirituales”; “se arriesgaron, dándome la oportunidad de participar” y “me llevaron a su casa, o me acercaron alimentos”; “me ayudaron a encontrar trabajo”; “me ayudaron a conseguir una beca”; “me llamaron un año después para ver cómo me estaba yendo”; “dedicaron tiempo a escuchar mis problemas”; “vieron un potencial en mí”; y “oraron conmigo sobre una necesidad específica”.

¿Cómo se prepara una persona para ser un docente cristiano excelente que influya en el desarrollo de la fe de sus estudiantes? Esto por supuesto incluye la pericia en el campo propio y una profunda relación personal con Cristo que se refleja en la vida diaria del docente. Me hace recordar lo que dicen Los cuentos de Canterbury: “con alegría aprendía, y con alegría enseñaba”, pero también estaba “lleno de virtudes morales”.² La síntesis podría ser esta frase: “Fortaleció mi fe en la religión y en la iglesia, no solo de palabra sino en la vida práctica”.

Al reflexionar acerca de la manera en que podemos influir espiritualmente en las vidas de nuestros alumnos, espero que los que leen estas líneas escriban para la REVISTA sobre este y otros temas que ayuden a sus colegas de todo el mundo a integrar la fe a la enseñanza-aprendizaje y a ser modelos en el desarrollo moral y académico de los que estudian en instituciones adventistas.

En vísperas de mi jubilación, después de cuarenta y dos años de editar la REVISTA, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todos los maravillosos educadores con quienes tuve la bendición de trabajar al preparar los manuscritos para su publicación, y al Dr. Luis Schulz por su fantástica labor en la preparación de las ediciones internacionales. Animo a todo el que lea este editorial a enviar artículos que puedan ser útiles para los lectores.

REFERENCIAS

1. <http://circle.adventist.org/files/jae/en/jae199860043405.pdf>.
2. Geoffrey Chaucer, Los cuentos de Canterbury, Prólogo general, versos 309, 310.